

Al dejar París, al arribar a México después de una breve estancia en La Habana con García Lorca, Cardoza no sólo está ya en posesión de una sólida cultura, sino también y sobre todo de un criterio propio, formado en la confrontación crítica con esa cultura. Ha colaborado en la prensa europea y latinoamericana, ha publicado dos libros de poesía, *Luna Park* y *Maelstrom*, éste último prologado por Gómez de la Serna, y viene de esbozar su *Pequeña sinfonía del Nuevo Mundo*. En México lo reciben viejos y nuevos amigos: Alfonso Reyes y el grupo de Contemporáneos, principalmente. Sus primeros trabajos son en la Universidad Obrera y en la Escuela Nocturna para Trabajadores, impartiendo cursos sobre historia del arte y pintura europea. Más tarde comienza a colaborar en el periódico *El Nacional*, donde inicia una amistad con Fernando Benítez que el tiempo volverá definitiva.

Desde su llegada a México, la actividad crítica de Cardoza se desarrolla incansablemente, sobre todo en dos terrenos: la crítica literaria y la crítica de artes plásticas. (*Círculos concéntricos* recoge precisamente estas dos vertientes críticas). Rompe lanzas en favor de los Contemporáneos. La polémica entre "europeizantes" y "mexicanistas" le parece hueca, vacía, pues sólo a partir de una visión plena de la cultura universal puede alcanzarse una comprensión cabal de los problemas nacionales. "Los Contemporáneos —escribe Cardoza y Aragón— fueron nacionales y no nacionalistas; no se encerraron en el pasado, en la ilusión de tradiciones inamovibles. Vivían una nueva sensibilidad que para no pocos fue descastamiento... Los Contemporáneos tienen el alto destino que merecen: se les respeta y se les odia. Se les odia todavía. Fueron nefandos para la furia de una admiración torcida e involuntaria, una admiración impuesta por su talento. Respiraron con dificultad, y se hizo lo posible para asfixiarlos. Vivieron como buzos. Su legado es notable".

La pintura mexicana —Mérida, el muralismo, Tamayo, Toledo, Gerzso, Rojo, entre otros— conoció también, en Cardoza, a uno de sus mejores críticos. Su relación, desde el prin-

cipio, fue polémica; si no con Tamayo o Toledo, sí, por lo menos, con el muralismo, con la excesiva verbosidad de Diego Rivera y Siqueiros ("No hay que pintar con la boca", exigía Holbein), contra su estética doctrinaria y ramplona ("El arte es propaganda o no es arte", decía Diego). Orozco, en cambio, mereció, por parte del crítico guatemalteco, una extensa y acuciosa reflexión que devino libro y que hoy constituye un clásico dentro de la crítica de artes plásticas mexicana. Su juicio sobre el muralismo es contundente: "Rivera quiso gustar; Orozco, pintar; Siqueiros, contender". O bien, y no sin cierta sorna: "A Orozco, Rivera y Siqueiros se les denomina Los Tres Grandes. Los Tres Grandes son dos: Orozco". Pero vale la pena dejar que la cita corra y que Cardoza razone los motivos de su elección: "Rivera y Siqueiros defendieron la estética del stalinismo, la cual además de error es horror. Mi estimación por Orozco se debe a su estética abierta, a que no es un pintor concretamente político, a que no hay en él un académico nacionalismo ideológico. No lo movió idea doctrinaria alguna, preocupación catequista, postulados didácticos".

Estas cualidades que Cardoza y Aragón descubre en la estética de Orozco permiten también definirlo a él como crítico y poeta: su actitud en todo momento abierta, antidoctrinaria y ajena a todo dogmatismo ideológico lo ha caracterizado siempre, tanto a lo largo de su vida como militante de la izquierda guatemalteca, como en cada uno de sus libros. Y es esa actitud crítica e independiente la que le ha valido también una buena parte de sus polémicas. Si Cardoza las asume es porque sabe, con Martí, que "la crítica es el ejercicio del criterio". Y él ha sabido siempre ejercer ese criterio en un sentido o en otro, tanto con respecto a las ideas reaccionarias que se ocultan bajo cualquier clase de oropel verbal, como en relación a sus propios compañeros de viaje: la intelectualidad de izquierda latinoamericana. Tanto en un sentido como en otro, Cardoza ha sido claro: "La crítica interroga, siembra desconfianzas y certidumbres, mina el terreno que explora".

Esa concepción de la crítica ha estado presente en cada uno de los libros de Cardoza. Vuelvo a encontrarla ahora, cuando su muerte me sorprende leyendo las últimas páginas de *Miguel Angel Asturias (casi novela)*, un libro que parece desprenderse, como un afluente necesario, de *El río (novelas de caballería)*. También aquí vuelvo a confrontar la fuerza, la densidad y la indiscutible honestidad intelectual del escritor guatemalteco. Un escritor —sin lugar a dudas, entre los latinoamericanos más significativos de este siglo— que encontró en México su "tierra de elección", un territorio siempre propicio al intercambio, a la conversación fraterna, a la confrontación franca y abierta.

En el destierro mexicano, en ese prolongado exilio que ha sido toda su vida, Cardoza y Aragón ha vivido desgarrado entre el amor a la tierra que lo acogió y la añoranza de Antigua Guatemala, su ciudad natal. De esa extraña conjunción de realidad y añoranza nace lo imaginario, ese universo que conjuga hasta confundirlos, lo vivido y lo deseado. "Sólo lo imaginario es verdad", dice Cardoza. Y es allí, sólo allí, donde volveremos a encontrarlo. ◇

Fernando Curiel

EPITAFIO

Aquí yace, hueso duro de roer, campante, Luis Cardoza y Aragón. Vivió lances para nosotros, pero también para sus contemporáneos, impensables. Antiburócrata, un tanto dogmático, sabio por raigal, mundano. Contribuyó a la invención de la pintura mexicana. Posó para Orozco, comparable a Posada. Despertó envidias embozadas y un opuesto culto ajeno a devociones fundamentalistas. Las líneas de sus manos: Guatemala, el retrato, el aforismo. Lo conocí, en 1973, en Radio Universidad. Atesoro, de su amistad, sazónada por Lya, visiones de Breton y Artaud y Cuesta, una firmeza moral frente a la chabacanería y simulación de la vida cultural nuestra, desacuerdos, una marca de whisky. Me doy el pésame.